

MANUEL PALACIO FAJARDO, IDEOLOGO Y PROPAGANDISTA DE LAS REVOLUCION DE INDEPENDENCIA

David Ruiz Chataing (*)

Manuel Palacio Fajardo mantuano, gran cacao, nació en Mijagual, provincia de Barinas, entre los años 1784 y 1787. Los obsesionados por las precisiones cronológicas no se han puesto de acuerdos al respecto. De familia empingorotada, de ilustre estirpe, estudió en el seminario de Mérida y se doctoró en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de Santa Fe de Bogotá. En el colegio neogranadino del Rosario cursó estudios de Medicina. Humanista, políglota y catedrático universitario, se forjó una densa cultura que le permitió atender a los males del cuerpo y del espíritu.

Regresó a Venezuela a raíz de los sucesos del 19 de abril de 1810. Participó en algunas de esas escaramuzas que algunos historiadores tradicionalistas han llamado exageradamente «batallas». Pero no sólo supo jugarse el pellejo cuando la oportunidad lo requirió. Además, fue un pensador, y lo fue esencial y profundamente. Le revoloteaban en la testa las «ideas del siglo» como se decía entonces, adquiridas en su tierra y en el vecino país.

Con seguridad lo impactaron la insurrección de Tupac Amará, los alzamientos de los comuneros del Socorro y las diversas intentonas antimonopólicas, antiesclavistas y hasta independentistas y republicanas realizadas en su propia patria.

Por sus manos deben haber pasado la carta de Viscardo y Guzmán y la traducción de los *Derechos del hombre y del ciudadano* realizada por Mariño. Ciertamente estaría informado de los empeños autonómicos de Francisco de Miranda. Acaso leyó por esos años formativos a Montesquieu, Voltaire y Rousseau. Era una especie de paludismo republicano del que se inficionó y el cual lo llevaría a una suerte de criollo jacobinismo. De sus labios y su pluma brotaban, a manera de teas incendiarias, palabras tales como Independencia, Soberanía, Igualdad, Libertad y República: código ígneo que alcanzaba inimaginables temperaturas en las conversaciones callejeras y en las asambleas. Y siempre escritas con mayúsculas.

(*) Profesor Instructor UPEL, IPC.

Manuel Palacio Fajardo era esencialmente un publicista. Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, publicista es quien escribe de derecho público, o persona muy versada en esa disciplina. En aquel entonces se decía con donaire «derecho de gentes». Se daba también tal tratamiento a quien ejercía el periodismo y escribía con sabiduría sobre diversos temas: a los apóstoles de las ideas económicas, sociales y políticas más avanzadas. Sus discursos parlamentarios en el Congreso Constituyente de 1811 lo muestran voluntarista y roussoniano. Digamos que no superó la etapa de la candidez revolucionaria: su vida le duró muy poco. Seguramente que cuando el 8 de mayo de 1819 una fiebre le arrebató la existencia a orillas del Orinoco —fue Diputado en el Congreso de Angostura y Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores del Gobierno surgido de esa asamblea— deliraba imaginándose al modesto puerto de La Guaira convertido en una Manchester tropical. Y Caracas en una Londres equinoccial.

Pero su fuerte, más allá de la jurisprudencia, el diarismo o la ciencia hipocrática, fue la diplomacia. Luego de la caída de la Primera República en Venezuela, marcha a Nueva Granada donde logra del Presidente del Estado de Cartagena la comisión de ir a Estados Unidos, o en su defecto a Francia, a obtener apoyos, recursos y pertrechos militares para la lucha emancipadora. También visitará Londres con la misma encomienda. Llegó a poseer una óptica poco común de las relaciones internacionales y latinoamericanas de aquella época. Arribó a la certeza, luego de la amarga experiencia de la República boba, que sin ayuda externa, principalmente de Inglaterra, sería imposible obtener la libertad nacional. Era necesario aprovechar las rivalidades entre las potencias del orbe, para, de entre estos resquicios dejados por sus pugnas, exigir la plena asunción de nuestra soberanía e independencia.

Pero no nos llamemos a engaño: el concepto de cambio perceptible en sus escritos puede ser tipificado, al igual que la independencia de los Estados Unidos, como de una «revolución conservadora». Por ejemplo, con respecto a la libertad de los esclavos parecía preferirla bajo la forma gradual de la manumisión, reconociendo, eso sí, un justo resarcimiento a los propietarios y con resguardo del orden¹. Además, al referirse a los indios y a los negros, siempre lo hace de manera despectiva. Si nos adentramos en su concepto de «pueblo», veremos que éste era para él sólo la gente pudiente e ilustrada. Los demás eran la chusma, la canalla, la escoria. La ciudadanía activa sólo la debían ejercer la «gente respetable». Interesante coincidencia de la actitud del blanco criollo suramericano con el pensamiento liberal europeo de aquellos tiempos.

En cuanto a la forma de organización del Estado se muestra partidario del centralismo o de un gobierno más fuerte que el ofrecido por el sistema federal. A raíz de comentar la Carta Magna venezolana surgida del Congreso Constituyente del año 1811, apela a un argumento esgrimido usualmente por fervientes defensores del Estado unitario: «...ciertamente hubiese podido formularse algún otro proyecto más adecuado a las costumbres y al carácter de los sudamericanos». Lo que hace un político de esos que reconocían la necesidad de apelar a la tradición para conformar las estructuras políticas

orientadoras del rumbo de los pueblos. Deben evitarse saltos al vacío, experiencias completamente inéditas, que sumerjan la sociedad en la anarquía.

En sus ideas y en el texto del *Bosquejo...* se percibe la vocación conciliatoria, mestiza, de sus convicciones: se amalgaman arquetipos clásicos, románticos, ilustrados, liberales y modernos con lo más característico de las costumbres hispánicas. Ese nexo entre ser liberal, ilustrado y católico, palpable en Manuel Palacio Fajardo, da fe de ello. Quizás una devota formación cristiana familiar y las lecturas de los ilustrados españoles atemperaron lo que pudo haber sido un escandaloso anticlericalismo. Empero, no deja de criticar el fanatismo de un sector de la iglesia ni a la Inquisición.

Pero, a pesar de estos rasgos que lo vinculan con factores tradicionales de la sociedad criolla hispanoamericana, su filiación con los paradigmas del «Siglo de las Luces» y liberales es inocultable. El rol asignado a la educación en el desenvolvimiento de los grupos humanos —típico del iluminismo— se patentiza cuando plantea que es sólo comprensible el hecho de que los americanos españoles hayan soportado trescientos años de absolutismo ibérico por la precaria e interesada educación recibida; el hecho de mantener la monarquía española a los hispanoamericanos en la más crasa ignorancia, hasta de las artes más necesarias, era una justificación suficiente para luchar por el definitivo alejamiento de tan atrasada y decadente realeza. El antagonismo entre la barbarie y la civilización subyacente en su obra, la ingenua fe en el progreso ininterrumpido de la humanidad, su racionalismo y su espíritu laico; el saber enciclopédico desplegado con donosura, la cabal filantropía que lo llevó a ejercer la medicina de manera gratuita, el interés por traer a nuestra América inmigrantes instruidos y artesanos especializados, su fervoroso apego a la República; la actitud crítica ante la Iglesia; la confianza en las virtudes del libre comercio, su interés por el mejoramiento del estado social del indio y del negro, su exaltada militancia en la *Sociedad Patriótica*, etc., todos estos planteamientos y su actuación pública, lo señalan como un hombre moderno, ilustrado y liberal, si bien inserto también a plenitud en un contexto histórico y social determinado.

La edición príncipe de la obra fue realizada en Londres, en inglés, en 1817, por la casa editorial Longman, Hurst, Rees, Orme y Brown, bajo el título de *Outline of the Revolution in Spanish America*, donde a la sazón se encontraba Palacio Fajardo en búsqueda de apoyo diplomático, quizás reclutando mercenarios, y en compra de pertrechos militares. Vio la luz ese mismo año un tiraje impreso en Nueva York, también en inglés, y otro en París, en francés. El libro siguió dándole trabajo a tipógrafos ingleses, franceses y alemanes los años subsiguientes. La primera edición en español esperó hasta el año 1953, cuando en el contexto de la Décima Conferencia Interamericana, realizada en Caracas, es publicado por la Secretaría General de dicho encuentro. Esta pieza bibliográfica fue escrita con el objeto de dar a conocer en el mundo a los pueblos insurgentes de la América Española, los cuales pretendían erigirse en nuevas naciones, y para difundir asimismo las causas de su desacato a la monarquía ibérica.

Manuel Palacio Fajardo es testigo y exégeta, a la vez que actor, de muchos de los principales acontecimientos de la América Española en los años transcurridos desde 1810 hasta 1819; o como técnicamente se dice en la cátedra de «Teoría y Método» de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela: sujeto y objeto de la historia. En su calidad de primer historiador, sin proponérselo, de las nacientes repúblicas hispano-americanas, realiza un esfuerzo objetivo por sintetizar el funcionamiento de las instituciones persistentes durante trescientos años en tierras meridionales de América. Sin ocultar su antipatía ante aspectos considerados retrógrados de la colonización hispánica, nos presenta un cuadro magistral de las estructuras económicas, jurídicas y políticas de la América Española. Tampoco deja de ofrecer abundantes datos geográficos y demográficos de estos pueblos americanos. Su trabajo va dirigido al público culto, a las élites y altas esferas gubernamentales de Europa y Estados Unidos; pero fue fundamentalmente orientado a convencer a la primera potencia naval y militar del mundo, a Inglaterra, de las razones, la justicia y las ventajas de apoyar la revuelta hispanoamericana.

Se ha comentado (Angel Grisanti y Parra Pérez) en torno de la influencia de Andrés Bello, residente en la capital inglesa mientras Palacio Fajardo perduró allí, en los juicios del fogoso barinés, la cual contribuyó con la escritura de un libro atemperado y equilibrado; pues, otros textos del autor del *Bosquejo...* están llenos de aún más radicales nociones sobre, por ejemplo, el papel de España en América, la conducta de Miranda el aciago año 1812, etc.

Entre los muchos comentarios suscitados por este importante libro, cabe destacar la perspectiva continental del análisis histórico y político contenida en él. Palacio Fajardo concibe el hecho histórico de la ruptura del nexo colonial entre nuestra América y la metrópoli española, como un proceso con sus antecedentes o causas en la existencia de relaciones no equitativas entre España y «su» América; en la simultaneidad —que no la coordinación ni programación— de las acciones de los libertadores de América y en la similitud de ideas, actitudes y actuaciones de éstos. El enfoque general, global, que utiliza para analizar los acontecimientos, le permite conceptualizar a la América Hispana a modo de una unidad histórica y cultural susceptible de organizarse en grandes entidades nacionales. Adopta el criterio global de otros ideólogos y estrategas, según el cual esa misma uniformidad e interrelación de tan inmenso territorio obligaba a tener una óptica continental de la lucha emancipadora. Eso lo respaldó con su proceder mismo cuando ejerció funciones de parlamentario de la República de Venezuela o como comisionado de Cartagena en Estados Unidos y Europa. También desde el momento cuando refrenda con su firma el establecimiento de la unidad grancolombiana en el Congreso de Angostura o al evidenciar su simpatía con los proyectos de acción libertadora continental. Ese magisterio de una perspectiva americana e internacional del análisis hay que reivindicarlo, pues, particularmente en la Venezuela de las últimas décadas, ha desaparecido de nuestro ambiente intelectual. Ha sido escaso, o por lo menos poco difundido, el pensamiento venezolano sobre el proceso histórico latinoamericano y universal contemporáneo. Este nos ayudaría enormemente en la definición de políticas

para la toma de decisiones en lo que respecta a nuestras relaciones exteriores y para mejor definir nuestro rol e identidad ante el mundo.

Dentro de la misma tónica del párrafo anterior no escapa a la agudeza de Palacio Fajardo tipificar a la guerra de independencia como una confrontación internacional, en lo cual se enfrentan España y la Santa Alianza, por un lado, y los pueblos hispanoamericanos, por el otro (con el apoyo de Inglaterra, el cual tratan de atraerse). Monarquías retrógradas representantes del antiguo régimen intentan imponer a las naciones repúblicas hispanoamericanas, abanderadas de la democracia y de la modernidad, sus antihistóricas miras.

Tampoco olvida Palacio Fajardo la dimensión social de la lid: cita al General realista Pablo Morillo para con este testimonio expresar que la lucha independentista también intenta mejorar las condiciones de los sectores sociales postergados tales como los esclavos negros, así como los indígenas. Con respecto a estos últimos hace notar que una de las reivindicaciones básicas decretadas por las Juntas y los primeros gobiernos independientes de América española, fueron a favor de los autóctonos de América tales como erradicar el tributo y otras formas de trabajos forzados; con respecto a las negritudes, registra los empeños abolicionistas y da cuenta de las manumisiones. Pero el procedimiento de disgregar la sociedad con el sistema de castas, la agobiante supremacía ejercida contra las comunidades indígenas y las esclavitudes, el estímulo del odio racial por parte de los realistas contra los blancos criollos, el ingreso de los parias a ambos ejércitos, le dieron inocultables sesgos de guerra social a la lucha emancipadora, hecho puesto en evidencia por Palacio Fajardo.

Por supuesto, no alcanza a comprender el papel desempeñado por la clase dominante criolla, el mantuanaje, en ese proceso. Formalmente las élites económicas y políticas fomentan el mejoramiento de los sectores oprimidos (indios, negros, pardos, etc.) pero en la realidad histórica resistieron esos procesos de liberación. No observaban ninguna incompatibilidad entre el mantenimiento de sus prerrogativas materiales y aquellas de uso social fijadas por la costumbre, con pregonar la libertad, la igualdad, la república y la democracia. Su ideal como grupo societario era asumir el ejercicio de la «tiranía doméstica» de la que habló Bolívar —negada por la monarquía española— sin modificar el orden económico y social interno. Esto lo demuestra el país organizado por los notables a partir de 1830, en el cual persistió la esclavitud y la política era un ejercicio exclusivo, un ocio productivo, del grupo pudiente.

Resulta interesante el enfoque aplicado al tema de la actitud de los hispanoamericanos ante la España invadida por Francia. Sustenta que la América española en vez de aprovechar dicha circunstancia para proclamar la independencia, se mantuvo fiel a la madre patria. Por el contrario, afirma, las autoridades ibéricas en tierras americanas se inclinaron a reconocer a los gobernantes instaurados por Napoleón Bonaparte. Se pudiera decir que lo escrito líneas arriba es absolutamente cierto si pensamos en las múl-

tiples dificultades a las cuales hubieron de hacerle frente los patriotas, hasta por lo menos 1821, por la persistencia de una conciencia monárquica. Pero también se puede matizar la interpretación anterior señalando que, más bien, la élite dirigente del proceso esperó una más general aceptación de la idea de independencia para proclamarla. Además, eso le brinda una imagen a los criollos de tolerancia, de amplitud y de lealtad explotada hábilmente por el sagaz publicista barinés. También se puede interpretar que la misma élite a la cabeza del proceso no tenía completa claridad de miras los primeros años de la lucha emancipadora e irá afirmando sus convicciones mientras evolucionaban los acontecimientos.

El discurso de Palacio Fajardo, a pesar de la riqueza y abundancia de argumentos, es sencillo: España representa todo lo malo y los americanos somos los buenos, los inocentes. La monarquía hispánica feroz y decadente contra la América republicana, valerosa e insurgente. Cuando los patriotas del continente vencido por la dura realidad –continúa su argumentación Palacio Fajardo– deciden inicialmente formar Juntas y luego asumir su independencia, es porque una España anarquizada no podía garantizarles su seguridad a esta parte del reino. Porque desaparecida o cuestionada la autoridad del Rey eran nulos sus mandatos y el pueblo recuperaba su soberanía mediante juntas de su gente notable. Igualmente plantea la falta de representación de las «provincias» españolas de América en el gobierno de la península: oro y plata amonedados eran los únicos diputados reconocidos por las espurias autoridades españolas como tribunos americanos. Y en América, hasta funcionarios de menor significación habían de ser nacidos en España. Así mismo, denuncia que una vez restablecido Fernando VII en el trono, si bien pudo adoptar una política de concordia entre los contendores, más bien se aferró al pasado y a acciones de odio y sin igual venganza, lo cual terminó por crear un abismo entre España y América. A pesar de algunos intentos que no carecían de cierta objetividad, estos planteamientos contribuyeron a reforzar en Europa y Estados Unidos la óptica del rol negativo desempeñado por España en América, apuntalando así las tesis de la «leyenda negra». Paradójicamente, la sólida y profunda cultura de Manuel Palacio Fajardo –representativa de la instrucción recibida por las élites mantuanas– adquirida básicamente en Venezuela y en la Nueva Granada, es el argumento más sólido contra esa actitud historiográfica que niega de manera maniquea los signos rescatables de la colonización hispánica. Demuestra igualmente este libro las habilidades como propagandista de Manuel Palacio Fajardo al lograr mostrarse como equilibrado y objetivo pensador a la vez que denuncia las atrocidades españolas y concitar, a la vez, simpatías y apoyos para la causa emancipadora.

Su temprana muerte –apenas superó los treinta años– le ahorró la pena de ver desintegrarse, lustros después, la Gran Colombia; y de leer u oír, quizás en alguna carta, o de los labios del mismísimo Simón Bolívar, aquella aflictiva y desengañada frase, según la cual, quien hace una revolución ara en el mar.